

Filosofía y educación: Repensar la práctica educativa desde una posición problemática.

Gabriel Adelio Saia y Celeste Florencia
Ramirez.

Cita:

Gabriel Adelio Saia y Celeste Florencia Ramirez (2024). *Filosofía y educación: Repensar la práctica educativa desde una posición problemática*. III Congreso Internacional de Ciencias Humanas. Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín, Gral. San Martín.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/3.congreso.eh.unsam/21>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/esz9/7Nn>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Filosofía y educación: Repensar la práctica educativa desde una posición problemática

En las postrimerías del s. XVIII¹, Immanuel Kant revela una doble necesidad de la filosofía para la educación común. Se trata, por una parte, de una disposición que deshace el hiato entre la esfera pública y la esfera privada respecto al rol de funcionario público; es decir, ¿qué actitud ha de tomarse en torno a lo *dogmático*? Un texto que posiblemente explique esta cuestión, matizando aquel *Sapere aude* de *¿Qué es la Ilustración?* (2000 [1784]), es el dedicado por Kant al conflicto entre las facultades de teología y filosofía (2002 [1794]). ¿Qué nos queda de dicho conflicto ahora mismo? Pues bastante. Se trata de comprender que toda institución necesita, como base y legitimador, una instancia exterior –imparcial– a sí misma. Este es el propósito de Kant cuando menciona que, sin lugar a dudas, la filosofía no es una agencia prevendaria y que es aquella que mayor compromiso tiene con el lugar de la verdad, *i.e.* es la que piensa, yendo a otro período de producción del Filósofo de Königsberg, *críticamente*. Avanzando sobre esta idea, es Willhelm von Humboldt quien en su opúsculo *Sobre la organización...* (2005 [1810]) defiende el rol de la ciencia como actividad prioritaria y eminente de la institución universitaria. Sin tratar de defender los motivos del Estado, que en su visión *interfieren* con el decurso de la ciencia –en un sentido positivista–, Humboldt piensa en una formación que tenga como base la *co-operación* y que sea, además, promovida por intereses ajenos al Estado en un afán cosmopolita.

Alejado ya de esta idea, Friedrich Nietzsche intenta en su juventud como docente establecer las bases de lo que diagnosticará como un mal de época. En su *Sobre el porvenir...* (2000 [1872]) atiende que una de las causas por las cuales la educación institucional se ve degradada es por el interés del Estado de hacer que el conocimiento sea algo que tenga mero valor de cambio y se distribuya de la manera más eficaz: más rápido se capacite a un individuo en unas pocas tareas productivas, mayor será la ganancia. En términos individuales la cuestión del Estado alertó a Nietzsche; sin embargo, es en la cultura donde éste depara un pronóstico aún más desolador. Volviendo sobre el tópico de la Ilustración, no será la masividad de la cultura aquello que la engrandezca, sino que esto crea una masa que, a vistas de alguien que es consciente del momento histórico en que habita, *degrada* todo interés por lo cultural más allá de la propensión a las labores prácticas y la felicidad. Aquí podemos operar mediante un salto

¹ Por economía textual, no podremos referirnos aquí a las reflexiones clásicas y medievales sobre el vínculo entre filosofía y educación.

hacia lo que se da en nuestros días, salvando las distancias y los posibles (aunque simplistas) paralelismos.

Es en el informe de Lyotard (1979) donde se retoma cierto pronóstico nietzscheano: la legitimación de los saberes y las instituciones sociales se basa en un nuevo criterio, a saber, el de la eficiencia operativa. En lugar de legitimarse por medio de grandes ideas filosóficas o relatos históricos, la ciencia y las instituciones se legitiman según grados de eficiencia, es decir, si optimizan su funcionamiento dentro de un sistema que contempla la ampliación del capital como principal criterio. Lyotard plantea que esta transformación que ha experimentado el conocimiento fue debido a los cambios tecnológicos que supieron acompañar a las sociedades posindustriales. Esta transformación impacta en cómo se genera, transmite y utiliza el conocimiento. El conocimiento científico se encuentra cada vez más atado a la capacidad de *traducir* información en términos comprensibles y operativos, especialmente en lenguajes de máquinas, *i.e.* la informática y, podríamos añadir, la *cibernética*. Lyotard sugiere que el conocimiento debe poder traducirse en información cuantificable para ser operativo en esta nueva era. Esto implica que los saberes que no puedan ser transformados en datos digitales serán marginalizados o excluidos. En suma, la informática impone una lógica de operatividad, que prioriza la funcionalidad y la productividad por encima de cualquier otra forma de legitimación, redefiniendo lo que se considera saber legítimo.

Tradicionalmente, el conocimiento tenía un valor intrínseco, es decir, se valoraba por su capacidad *formativa*: enriquecer el pensamiento y contribuir al desarrollo espiritual e intelectual de los individuos. En la sociedad postmoderna, el conocimiento deja de tener ese propósito educativo o transformador y comienza a ser tratado como forma mercancía². Es decir, el conocimiento se produce para ser vendido y consumido como cualquier otro bien de mercado. Su valor se encuentra en su capacidad para generar beneficios económicos o para ser intercambiado en el marco de un sistema productivo. De manera que, el saber se mercantiliza y su valor ya no reside en su veracidad, sino en si puede venderse o si es eficaz.

Esta perspectiva es compartida con Deleuze y su *Post-scriptum...* (1990). Los individuos ya no se *moldean* en los centros disciplinarios, sino que se *modulan*, esto es, cambian a cada instante, pero coexisten en una misma modulación, siempre metaestables. En palabras de Simondon, “[m]oldear es modular de manera definitiva; modular es moldear de manera continua y perpetuamente variable” (2015, p. 60). Sin embargo, el moldeado y la

² Jameson ya lo explica con claridad: “En la postmodernidad [los campos, las actividades, las experiencias] no están separados de un modo mecánico por barreras disciplinarias, son lo mismo, existen simultáneamente, son, como diría Spinoza, atributos de la substancia” (2012, p. 22).

modulación, en lugar de ser simplemente los extremos de un proceso continuo, acaban por convertirse en alternativas excluyentes representadas por sujetos que no pueden cambiar de un lado al otro: las instituciones dominaban el moldeado pero ya no pueden moldear, mientras que las tecnologías de la información y la comunicación se centraban en la modulación, pero ahora se enfocan en el moldeado. Actualmente, el moldeado es simplemente un estado particular dentro de la modulación, que se ha impuesto como elemento central de los procesos de información. En el marco de la gubernamentalidad algorítmica, las plataformas actúan como nuevas instituciones que ya no necesitan de la disciplina rígida de las escuelas tradicionales para ejercer su poder, puesto que modulan constantemente la subjetividad de los individuos a través de flujos continuos de información. Sin embargo, a pesar de ser estructuras fluidas y aparentemente libres, las plataformas también imponen un tipo de segmentariedad dura, ejerciendo un control más rígido y claro sobre las opiniones, ideologías y comportamientos. En ciertos momentos, las plataformas operan de manera similar a las instituciones disciplinarias. A través de algoritmos que priorizan ciertos contenidos, refuerzan polaridades políticas y crean una segmentación ideológica que absorbe el discurso. Las plataformas moldean ideas, a menudo empujándolas hacia un extremo del espectro político, consolidando así identidades rígidas y categorías ahistóricas, como la polarización entre izquierda y derecha. Los algoritmos refuerzan estas líneas duras al alimentar constantemente a los usuarios con cámaras de eco, lo que moldea el pensamiento de manera repetitiva y estructurada. Al mismo tiempo, las redes sociales también permiten fisuras flexibles. La segmentariedad flexible o fina se expresa en la capacidad de las redes para dar espacio a narrativas y movimientos alternativos o marginales, que cuestionan las narrativas dominantes y permiten una modulación más fluida de las subjetividades.

Como un péndulo, las ideas pueden oscilar de un extremo a otro; una dinámica que refleja el juego entre líneas duras y flexibles en la formación de subjetividades. Las plataformas son moduladoras en tanto que ajustan constantemente la información, pero también son moldeadoras cuando, en momentos clave, orientan a las masas hacia posturas concretas y rígidas. En este proceso, el individuo está siendo constantemente reconfigurado por estos movimientos pendulares, donde cada oscilación hacia un extremo implica un nuevo ciclo de moldeamiento. Esto tiene profundas implicaciones para el concepto de formación educativa: si la escuela en las sociedades disciplinarias era la institución por excelencia encargada de moldear al sujeto, hoy en día ese rol parece haber sido, en parte, tomado por las plataformas, que no sólo modulan, sino que también moldean de manera determinante a través de mecanismos de segmentariedad.

Continuando esta genealogía, Bradley (2024), inspirado en Deleuze y Guattari, la filosofía puede entenderse como “un léxico crítico más allá de la estupidez (*bêtise*) del momento contemporáneo” (p. 145). Se concibe como un sistema en espiral, en el que se manifiestan los movimientos de desterritorialización absoluta y relativa. La desterritorialización absoluta es clave para pensar el futuro, ya que permite liberar el pensamiento de las estructuras rígidas. En su última obra *¿Qué es la filosofía?* (1997), Deleuze y Guattari analizan el desastre absoluto que implica el lenguaje cibernético comercial del capitalismo para el pensamiento. Allí proponen una nueva forma de sistema filosófico que, lejos de ser cerrado, absoluto y eterno que debe develarse, se trata de un sistema de lo múltiple, “de lo abierto, esto es, de la conectividad, de aquello que sólo se cierra para abrir” (Mengue, 2008, p. 12). Esto implica la creación de líneas de fuga que nos permitan escapar de ciertas estructuras caducas y asfixiantes que nos impiden pensar.

Más allá de estas consideraciones esquemáticas, nos queda pendiente profundizar en esta última cuestión, derivada de la producción, la transmisión y la valoración del conocimiento, un asunto problemático como *la bêtise*, propuesta por Deleuze y ampliada, conceptualmente, por la filosofía de Bernard Stiegler.